REVISTA **RED** pensar

La construcción discursiva de los cautiverios femeninos y su cuestionamiento desde la revisión histórica de las propuestas de las teorías feministas

*The discursive construction of female captivity and its questioning since the historical revision
of the proposals of feminist theories*

Carlos Alvarado Cantero

Revista REDpensar, volumen 7, número 1, Enero-Junio 2018
ISSNe: 2215-5384

REDpensando en la Investigación 2
Recibido: 20 de octubre de 2018
Aceptado: 17 de diciembre de 2018

DOI: 10.31906/redpensar.v7i1.159

Universidad De La Salle Costa Rica
Departamento de Investigaciones

redpensar@ulasalle.ac.cr | www.redpensar.ulasalle.ac.cr

La construcción discursiva de los cautiverios femeninos y su cuestionamiento desde la revisión histórica de las propuestas de las teorías feministas

The discursive construction of female captivity and its questioning since the historical revision of the proposals of feminist theories

Carlos Alvarado Cantero ¹

Resumen

En el presente artículo se presentan y discuten las narrativas que contribuyen a construir la noción de sometimiento y dominación de las mujeres, así como la evolución histórica de algunas teorías feministas que deconstruyen y cuestionan estas narrativas. Se analiza también la matriz de poder que se reproduce en el sistema sexo/género, elemento central en la naturalización de la opresión de las mujeres bajo la perspectiva de la dominación que deriva del proyecto colonial.

Palabras Clave: FEMINISMOS, OPRESIÓN DE LAS MUJERES, HISTORIA DEL FEMINISMO, PODER, DISCURSOS DOMINANTES.

Abstract

The present article presents and discusses narratives that contribute to construct the notion of submission and domination of women, as well as the historic evolution of some feminist theories that deconstruct and question these narratives. It also analyzes the power matrix that is reproduced within the system sex/gender, central element in the naturalization of women's oppression from a perspective of domination that originated as part of the colonial project.

Keywords: FEMINISMS, WOMEN'S OPPRESSION, HISTORY OF FEMINISM, POWER, DOMINANT DISCOURSE.

Presentación

En la Relación de Miguel de Cuneo de 1495 (Gil y Varela, 1984) en una carta dirigida a Colón, se obtiene el siguiente relato de uno de los subalternos del navegante:

Estando yo en la barca tomé una cambala bellísima, la cual me regaló el señor Almirante; y teniéndola en mi camarote, al estar desnuda según su usanza, me vino deseo de solazarme con ella; y al querer poner en obra mi deseo, ella, resis- tiéndose, me arañó de tal modo con sus uñas que yo no hubiese querido entonces haber comenzado; (...) agarré una correa y le di una buena tunda de azotes, de modo que lanzaba gritos inauditos (...). Por último, nos pusimos de acuerdo de tal manera que os puedo decir que de hecho parecía amaestrada en la escuela de ramerías. (p. 259)

1. Docente e investigador de la Escuela de Psicología de la Universidad Nacional de Costa Rica. Correo: carlospring@gmail.com

Más de cinco siglos después, en el peritaje antropológico de género que realiza Rita Segato en el caso del litigio en contra de militares por esclavizar sexualmente a un grupo de mujeres indígenas de la comunidad de Sepur Zarco (Caxaj et al., 2017, p.49) durante los ataques militares de los años 80 en Guatemala, se lee lo siguiente:²

- La destrucción de las mujeres indígenas fue para castigar a sus maridos, por la tierra que estaban solicitando.
- Las violaciones sexuales no fueron espontaneas, fueron un objetivo estratégico de la guerra.
- Las violaciones sexuales eran planificadas, preestablecidas, incluso había rutina de horarios.
- Las violaciones sexuales produjeron efectos y daños en la vida individual y colectiva de los pobladores de Sepur Zarco.
- Las mujeres fueron estigmatizadas.
- Las mujeres violadas fueron objeto de un exilio interno, al ser rechazadas por su propia comunidad.
- Entre otros sufrimientos experimentados por las mujeres, se produjo el rompimiento de sus respectivos matrimonios y la incapacidad de garantizar el mantenimiento de la prole.
- La guerra introdujo el acceso sexual forzado.
- No se exterminó a la población, pero se logró dominarla y aterrorizarla.

Este peritaje se suma a otros muchos que expresan ideas similares con respecto a la humillación, la crueldad y la violencia a la que fueron sometidas estas mujeres. Prevalece, tanto en el relato de las víctimas como en los distintos peritajes, que la violencia ejercida hacia estas mujeres estaba inscrita en un contexto de toma de tierras, donde se observa que el uso de su cuerpo obedece a una estrategia de castigo hacia los hombres, escarmiento necesario para la dominación de la tierra, las propiedades (objetos) y las mujeres como parte de dichas propiedades

A pesar del anacronismo de ambos relatos, se observan claras similitudes entre uno y otro, que harían dudar de la distancia de más de medio milenio entre ambas. La mujer como propiedad, la violencia y la humillación de ésta, así como la convicción de la superioridad del hombre y por lo tanto, el ejercicio de la crueldad legitimada por el sistema social, parece resistir el paso del tiempo y mantener intacta la matriz de poder que lo permite.

El feminismo ha denunciado y estudiado los procesos sociales que legitiman la opresión de las mujeres con el fin de definir las estrategias necesarias para combatir la desigualdad y la violencia que caracteriza al sistema sexo/género moderno.

Sin embargo, este artículo no se limita solamente a presentar los argumentos que surgen del feminismo desde sus inicios en el llamado feminismo de base ilustrada hasta algunos planteamientos actuales como las teorías del Estado de Mackinnon (1989) o el análisis de los niveles en los que se inscribe la opresión que hace Saltzman (1992). Su pretensión es discutir los argumentos feministas como un análisis de las dinámicas de poder que se expresan en los discursos sociales que sostienen y legitiman la opresión bajo la perspectiva del proyecto colonial. Mención particular merece el análisis que hace Carole Pateman (1995) acerca del Contrato Sexual ya que representa un elemento poco explorado acerca de la opresión de las mujeres, de capital importancia para entender los procesos a través de los cuales se oculta y naturaliza dicha opresión.

2. Tribunal de Mayor Riesgo A (2016), sentencia C-01076-2012-00021, pp. 38-41.

Los orígenes de las teorías feministas y el cuestionamiento a la estructura de dominación hacia las mujeres

Las luchas feministas han seguido una ruta compleja a través de la historia hasta evolucionar en el movimiento que conocemos hoy en día. En este camino se ha topado una y otra vez con los obstáculos que el poder masculino le ha presentado y en los que ha tenido que reinventarse una y otra vez para lograr permanecer y consolidarse. Una relectura de la historia, revirtiendo los procesos de invisibilización de los aportes y cuestionamientos de las mujeres, fue uno de las primeras tareas que emprendieron estos movimientos.

Es a partir de los cuestionamientos que la militancia feminista realiza a la dominación masculina hacia las mujeres que se van cristalizando teorías que dan sentido y contenido ideológico a los movimientos reivindicatorios de los derechos de la mujer.

El feminismo ilustrado o feminismo de la igualdad es un claro ejemplo del legado a favor de la equidad y el cuestionamiento de las matrices de poder que invisibilizan el aporte de las mujeres a la historia. Desde esta postura, se retoman los ideales de la época en Europa Central, que planteaban la igualdad entre los seres humanos, pero cuestiona que dicha igualdad responde a una concepción de ser humano que toma como referente a los hombres solamente.

Es así como, el feminismo ilustrado cuestiona las nociones ontologizadas de sujeto tanto masculinas como femeninas que se construyen con la finalidad de legitimar la dominación. Este argumento también cuestiona la pretendida igualdad de la época ya que considera que no aplica para las mujeres de entonces (Pateman, 1995).

La Ilustración

Es a partir del siglo XVIII que se encuentran sólidas posturas que analizan la formación del sujeto femenino (Puleo, 1993). Sin embargo, las raíces de los planteamientos de la ilustración se pueden ubicar en el racionalismo del siglo precedente con las ideas que Descartes le impone a la idea de sujeto y la preeminencia que le da al pensamiento como articulador de la existencia humana. Para Descartes la sexualidad pierde su preeminencia en la determinación de las funciones que los individuos desempeñan y se convierte en una particularidad que no revestía un carácter fundamental de tipo ontológico (Puleo, 1993, p. 13).

Llama la atención que el modelo cartesiano tan criticado por parte de teorías como la de la complejidad de Edgar Morín por considerarla reduccionista, encuentre en las pensadoras del feminismo ilustrado un asidero lógico que permite mostrar las contradicciones de un planteamiento en principio emancipador (como fue el de la ilustración) pero que termina legitimando las diferencias y las desigualdades entre los géneros.

Como bien señala Puleo (1993, p.13), si bien es cierto no hay una ruptura verdadera entre el racionalismo del siglo XVII y el del siglo XVIII, sí se observa un cambio en el modelo epistemológico ya que, aunque el materialismo francés no fuera compartido por los pensadores más reconocidos de la época, si se instaura una relación de causalidad entre el cuerpo y la vida psíquica que posteriormente dará paso al nacimiento de la psiquiatría del siglo XIX, para la cual la sexualidad tendrá matices ontológicos.

Este cambio de modelo epistemológico supondrá importantes transformaciones en el seno de los movimientos feministas de la época, ya que permite que se cuestione acerca de la libertad e igualdad, conceptos tan profusamente difundidos en el discurso ilustrado, es igual en hombres y en mujeres, ¿por qué los derechos no eran y son los mismos para ambos, también? Sin embargo, el discurso de la Ilustración sostendrá hacia las mujeres profundas ambigüedades provocadas por la oscilación entre explicaciones culturalistas de la diferencia genérica a las que Puleo (1993, p.14) aduce tres fuentes: el arraigo en las costumbres y prejuicios de la época, la tensión interna del propio pensamiento de la Ilustración y el discurso de una burguesía emergente

cuyo modelo de familia excluye a la mujer de lo público y cuyo mayor exponente lo encuentra en Rousseau.

Este último argumento irá tomando fuerza apoyado por los planteamientos pseudocientíficos de la medicina filosófica. Estas consideraciones, propias de la dimensión biologista de la Ilustración darán pie al discurso moderno antifeminista que, justifica mantener a las mujeres fuera de la esfera pública, debido a su naturaleza biológica la cual determina su destino como individuos.

La apuesta del feminismo ilustrado, fiel al énfasis que ponen a la razón como motor civilizatorio, es a la educación. Esta idea convierte a este movimiento filosófico en un pensamiento crítico frente al biologismo de la época; junto a la educación como pilar en la transformación de la sociedad, la práctica de un nuevo derecho era necesario. Para ello, el feminismo de la ilustración se basa en las ideas de Hugo Grocho (1935) sobre el apriorismo del derecho, que plantea que existen leyes naturales derivadas de la teología y que son superiores al Estado. De esta forma, la función del Estado es garantizar los derechos naturales, lo que prefigura una igualdad también natural entre hombres y mujeres.

Pero es quizás la reflexión de Olimpia de Gouges (1748-1793) la que sintetizó la idea del derecho natural y la igualdad originaria con más fuerza, a través de su obra “La Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana”³. Para Gouges, es necesario redefinir los derechos de las mujeres a partir de sus propias necesidades y cuestiona los derechos llamados del hombre cuando en realidad son derechos del varón.

La propuesta de las feministas ilustradas marca un punto central en el nacimiento del feminismo moderno. Es fundamental la distinción que se hace entre el feminismo como género literario, que Amorós y Cobo (2007) llaman también memorial de agravios y la formulación teórica y política de las reivindicaciones femeninas.

En esta línea resaltan dos personajes muy importantes por sus aportes a una epistemología feminista: Christine de Pizan (1995)⁴ y Poullain de la Barre (1673).

Señala Amorós y Cobo (2007) que Pizan (1995) esgrime en su obra un constructo que después será retomado por autoras como Barre y Wollstonecraft como lo es el bon sens, entendido como la capacidad de juicio y raciocinio que les es reconocido a las mujeres como un don natural más allá de lo que se aprende en los libros. Como afirman estas autoras, el bon sens que Descartes elevó a categoría de universal en su libro *El Discurso del Método*, por lo que las mujeres quedaban incluidas en esta concepción y es discípulo, Poullain de la Barre en el año 1673 quien radicalizará esta premisa operacionalizando el concepto de cogito cartesiano, es decir, trasciende esta idea de las ciencias teóricas a la reforma de las costumbres.

Como mencionan las autoras, Poullain de la Barre refuta el prejuicio acerca de la desigualdad de los sexos argumentando que, desde la lógica cartesiana, el espíritu no tiene sexo, por lo tanto, si rechazamos esta premisa según la cual las mujeres son inferiores, se puede llevar a la práctica social la lógica principal de la ilustración al contrastar las creencias más arraigadas y antiguas como lo es la inferioridad femenina.

3. Esta obra fue redactada en 1789 por Olympe de Gouges para ser decretada por la Asamblea Nacional Francesa de la época.

4. La obra original data de 1405, *La Cité des dames*.

Para este autor, el prejuicio es un tema capital en el análisis de la sociedad, ya que este elemento configura intereses, filtra la información que reciben las personas que habitan una sociedad determinada, además de dictar pautas de comportamiento y direccionar actitudes y por eso, al cuestionar los prejuicios, se incide y se transforma la práctica social. A pesar de que la teoría del Contrato Social es más conocida en Rousseau, Poullain de la Barre es uno de los primeros en teorizar acerca de este concepto llegando incluso a influir en la obra *rousseauriana*.

Es justamente en esta línea que Poullain plantea uno de sus aportes principales en relación a las luchas como lo es el iusnaturalismo, justamente en el campo del derecho natural. Orienta sus reflexiones al origen de la historia y descubre que el elemento más constante en proceso histórico de la humanidad es el de la ley del más fuerte, y analiza que la fuerza ha prevalecido sobre la razón y ha estado siempre del lado de los varones. Para Poullain en Amorós y Cobo (2007), el estado natural de los individuos es en primera instancia la igualdad, sin embargo, el uso de la fuerza quiebra estas relaciones de equilibrio donde el principal factor de dominación lo constituye la reproducción. De esta forma, la dominación de las mujeres inicia con el establecimiento de la familia, ya que se apropia y regula la sexualidad, y es el origen de la división sexual y funcional del trabajo. El cuestionamiento al Estado Natural también lo plantea Bateman a quien se hará alusión en apartados posteriores de este artículo.

Revolución Francesa

Los cuestionamientos a la subordinación femenina en la ilustración son retomados y llevados a un siguiente nivel por las feministas posteriores a la revolución francesa, ya que utilizan el discurso de la razón ilustrada y lo aplican a la situación de desigualdad que viven las mujeres en sus relaciones cotidianas de opresión. Como lo detallan Amorós y Cobo (2007):

Las mujeres reclaman, pues, presencia y participación en lo público, el nuevo espacio social emergente que las Luces alumbran y que ellas, en la práctica, han ganado ya por su significativa participación en acontecimientos como la toma de la Bastilla y su protagonismo en las Jornadas de Octubre [...]. (p.116)

En resumen, el feminismo retoma las ideas de la ilustración y las lleva a su punto político más trascendente con la Revolución Francesa (1789-1799) al radicalizar las ideas de igualdad, desontologizándolas, es decir, cuestionando el sustrato ideológico que subyace a la concepción de Hombre como equivalente al varón. Para ello, propone nociones nuevas, basándose en ideas frescas como la del Estado Natural o el iusnaturalismo, que plantean una igualdad originaria entre hombres y mujeres, y, por lo tanto, una equivalencia de derechos.

Aportes del socialismo

Por otra parte, encontramos los aportes del socialismo a la lucha feminista los cuales enriquecen la percepción que se tiene acerca de la lucha de clases en la situación de explotación de las mujeres.

Según Ana de Miguel Álvarez (2007, p.296), el sistema de producción industrial y capitalista alteró las relaciones entre los géneros ya que las mujeres de clase media y alta quedaron relegadas a un hogar, propiedad y símbolo de *estatus* de los varones, mientras que, el trabajo fabril incorporaba en masa a las mujeres proletarias al trabajo en la fábrica, constituyéndose en mano de obra más barata y sumisa que los varones. Se diferencia del feminismo de raíz ilustrada en sus planteamientos acerca del origen de la opresión, la posibilidad de aunar los esfuerzos de todas las mujeres y la estrategia a seguir para lograr la emancipación.

Señala de Miguel Álvarez (2007, p.298) que las voces que componen este movimiento tienen diferentes matices. Así por ejemplo, menciona el caso de Flora Tristán, figura de transición entre el feminismo de raíz ilustrada y el feminismo de clase. Comparte con el feminismo ilustrado la idea de que la raíz de la opresión

de las mujeres se deriva de la aceptación del falso principio, que sostiene que, la inferioridad de estas proviene de su naturaleza, discurso que deriva de la ley, la ciencia y la religión, y que las excluye de la educación, subordinándolas a los hombres.

El giro de clase se observa en su obra cuando plantea que el negar la educación a las mujeres tiene una relación directa con su explotación de clase, ya que al no enviar a las niñas a la escuela, se les saca un mayor provecho en el desempeño de las tareas domésticas, para pasar luego, a los 12 años, a ser explotada por su patrona, reproduciendo el maltrato que recibió en su hogar.

Por otro lado, de Miguel Álvarez (2007) señala lo que define como el relato fundacional del aporte socialista a la teoría feminista como lo es la teoría de Engels. Señala esta autora que Engels (2006) en “El Origen de la propiedad privada y el Estado”⁵, ofrece una nueva interpretación de la historia de las mujeres en contradicción con el denominado feminismo burgués.

Engels, utilizando algunos trabajos antropológicos de la época, expone su tesis de que en el origen de la sociedad no prevalecía la fuerza sino el comunismo primitivo en el que existía la división sexual del trabajo pero no suponía diferencia alguna de estatus. La propiedad privada, por lo tanto, viene a romper este equilibrio ideal y los varones se ven en la necesidad de perpetuar su herencia sometiendo sexualmente a las mujeres a través del matrimonio monogámico. Este sometimiento se cristaliza a través de su segregación del proceso de producción y su confinamiento a la esfera doméstica, lo que genera dependencia y sumisión a los hombres.

Como se puede apreciar, este argumento tiene dos elementos importantes de señalar. Por un lado, descarta los discursos asociados a la naturaleza o a la determinación biologicista y por otro, propone posibles estrategias de resolución como lo sería el razonamiento de que, si el origen de la desigualdad sexual es la propiedad privada, la situación de opresión de las mujeres desaparece si se elimina esta última además de incorporar a la mujer a la producción.

El problema central de la tesis de Engels, es que no plantea ninguna lucha específica para las mujeres, lo que las coloca en un profundo reduccionismo, ampliamente criticado por las feministas contemporáneas. Clara Zetkin (1857-1933) citada en De Miguel Álvarez (2007, p. 301), feminista, comunista militante alemana, comparte la noción de Engels con respecto a la diferencia de clase y su papel en la desigualdad de los sexos, pero plantea, además, que las clases sociales afectan de manera distinta a las mujeres, dependiendo a la clase que pertenezcan (Engels, 2006).

La producción de Zetkin, más que teórica, se desarrolla principalmente en conferencias y panfletos donde intenta persuadir a las masas acerca de la opresión que golpea a las mujeres y le apuesta a la educación y al proselitismo. Al igual que Engels y Marx desmitifica a la familia como un ente sagrado e inmutable, y la considera como una categoría histórica transitoria. Este primer planteamiento permite analizar a la familia en su carácter de institución transmisora de ideología.

Zetkin ofrece un panorama más amplio en la comprensión del problema de la opresión en las mujeres. Su beligerancia política hace que sus planteamientos sean fácilmente asimilables por las grandes masas, elemento que no necesariamente caracteriza a la producción académica y que ha devenido en un alejamiento entre la academia y la ciudadanía.

5. La publicación original corresponde al 1884.

Un último aporte en esta teoría lo constituye un planteamiento muy interesante debido a la lucidez de su análisis, a lo adelantado de su época, pero sobre todo a la posibilidad de dilematizar las relaciones más sencillas de la vida cotidiana. Me refiero a los aportes de la rusa Aleksandra Kolontái (2011, p.1)⁶, quien planteó que la contribución de las mujeres a la lucha revolucionaria no debía ser solamente cuantitativo (en términos de cantidad masiva de mujeres), sino que, debía provenir del replanteamiento de sus condiciones de vida y de la opresión que experimentan en sus relaciones cotidianas. En esta línea se teoriza acerca del tipo de revolución que las mujeres necesitan y sostiene que, esta nueva mirada transformadora es necesaria para romper con siglos de opresión y acceder a la igualdad.

De Miguel Álvarez (2007) señala que para Kollontai (2011), la incorporación de las mujeres a la producción y la abolición de la propiedad privada, no son suficiente para romper con la opresión; es necesario también replantear la vida cotidiana, revolucionar las creencias y las costumbres, pero sobretodo, construir una nueva relación entre los sexos.

El movimiento sufragista

Otro de los movimientos que marca el camino hacia la construcción de propuestas feministas de la sociedad igualitaria, es el llamado movimiento sufragista, el cual, atraviesa tres períodos según Miyares (2007, p.255):

- a. De 1848 a 1871: en este período se consolidan las asociaciones que proclaman la igualdad entre hombres y mujeres. Los ejemplos más representativos se dieron en Estados Unidos e Inglaterra. Su principal obstáculo fue la moral basada en lo que debía ser la esencia femenina.
- b. De 1871 a 1900: este momento histórico marca la confirmación de algunas de las aspiraciones civiles de las mujeres, sin embargo, el conservadurismo y el naturalismo biológico las mantiene alejadas de la esfera público-privada.
- c. El comienzo del siglo XX hasta el período entreguerras: período que vio la llegada del voto de las mujeres en Estados Unidos, Inglaterra, Holanda, Austria, Polonia, Suecia y España. A pesar de este importante logro, también fue una época que radicalizó la misoginia con la complicidad del psicoanálisis y la psiquiatría.

Como se observa, con cada lucha y con cada logro político aumenta también la represión y la censura hacia las mujeres, así como los discursos que argumentan y justifican su opresión se recrudecen y diversifican.

En palabras de Miyares (2007):

Las sufragistas así pues no solo se vieron obligadas a combatir una inercia política que las mantenía a distancia de la vida pública, sino que tuvieron que luchar contra la imagen de la naturalización de las mujeres que las relegaba, sin mediación, a la esfera del hogar y del cuidado de los hijos. Esta doble condena se tradujo en la radicalización de sus posiciones. Pedían poder, poder para liberarse de las cadenas de una moral hipócrita y poder para inferir en los acontecimientos de la sociedad. (p. 251).

Justamente este poder que exigían era el que no estaban dispuestos a brindarles los hombres, ya que amenazaba la estructura que permitía la dominación sobre las mujeres, y para ello obstaculizaron cualquier intento de obtener el poder en los parlamentos, a través del sufragio.

En el siguiente apartado se profundizará en los aportes feministas más recientes a partir del reconocimiento de la necesidad de distinguir varios tipos de opresiones para dar cuenta de la situación de desigualdad que viven las mujeres. Bajo el concepto de interseccionalidad (Viveros, 2016) se dará cuenta de la confluencia de opresiones como la raza, el género y la clase, para poder explicar la realidad de millones de mujeres. También se incluyen análisis como el que hace Carole Pateman del “Contrato Sexual” junto con el aporte de teóricas como Segato y Saltzman para dar nuevas miradas a la situación de desigualdad que afrontan las mujeres.

6. La obra original data de 1907.

Las diferentes formas de opresión y su interseccionalidad en la vida de las mujeres

Como se pudo apreciar en el apartado anterior las teóricas y militantes feministas han recorrido un largo camino para poder concretar un cuerpo teórico que de cuentas de la situación de desigualdad y opresión que viven las mujeres. Presas del contexto que las ve nacer, las primeras propuestas feministas surgen a partir de las luchas de miles de mujeres europeas y estadounidenses que claman por derechos de las mujeres tomando como referente de mujer, justamente a la mujer europea, blanca y burguesa. Sin embargo, conforme evoluciona el estudio de la desigualdad de las mujeres, se observa que no es posible hablar de opresión tomando como referencia solamente a un tipo de mujer, sino que, se requiere considerar la situación de una enorme diversidad de mujeres y para ello, es imprescindible examinar la convergencia de diferentes tipos de opresión en lo que Viveros (2016) llama interseccionalidad.

Como lo relata esta autora, el concepto de interseccionalidad fue acuñado por primera vez en el año 1989 por la abogada afroestadounidense Kimberlé Crenshaw en la discusión de un caso legal concreto. En esa ocasión intentó hacer evidente la invisibilidad jurídica de las múltiples dimensiones de opresión que experimentaban las trabajadoras negras de la compañía norteamericana *General Motors*. En su búsqueda, la abogada pretendía mostrar como las obreras negras sufrían situaciones de violencia y discriminación tanto por razones de raza como de género, intentando así crear nuevas categorías jurídicas para enfrentar discriminaciones en varios niveles.

En este contexto, se da el surgimiento del feminismo negro en Estados Unidos, producto de la convergencia entre las luchas feministas y el abolicionismo, como un intento de visibilizar la opresión que sufren las mujeres desde varios niveles interseccionados (Hill, 2012)

Lo mismo sucede con el concepto de raza⁷ en relación al poder colonial. Para lograr detectar estas ideas instituidas y profundamente arraigadas, Lugones (2008) plantea que debe hacerse un análisis desde la interseccionalidad de categorías como el género, la raza, la clase y la sexualidad, para identificar la violencia que se ejerce en contra de las mujeres de color en las sociedades modernas.

De esta forma, nombra las marcas de sujeción/dominación y la inseparatividad de las categorías que se entretejen. Lugones llama a estas marcas de sujeción «las opresiones». Sostiene que el capitalismo global eurocentrado instaura en los territorios colonizados las dinámicas opresivas con las que posteriormente logrará obtener los réditos económicos y políticos de su lógica extractiva. Para ello, requirió la implantación de un sistema de conocimiento el cual adquirió la categoría única posible, basado en la medición, la cuantificación y la externalización de lo cognoscible en relación al sujeto conocedor, para controlar la relación entre gente y naturaleza, que impuso como la única forma válida de saber. La instauración de estas dinámicas permitió al capitalismo llenar sus necesidades cognitivas, naturalizar las identidades y las relaciones de colonialidad y de la distribución geocolonial del poder capitalista mundial (Lugones, 2008, p.78).

Este análisis también muestra las nuevas diferencias que introduce el colonialismo donde antes no existían. A partir de los estudios de Allen (1986) y Oyewùmi (1997) citados en Lugones (2008, p.86) señala que la sistemática destrucción de las formas de organización tribal ginecráticas de las sociedades colonizadas permitió al imperio instaurar un patriarcado generalizado, necesario para la dominación de los colonizados.

7. Se elige la categoría raza de manera intencional para mostrar el contenido del constructo imperial que se crea a partir del proceso colonizador, como artificio lingüístico de revestimiento cientificista que tenía como intención biologizar la desigualdad y la dominación. España, como imperio invasor en América durante la colonia, crea y utiliza la categoría raza para justificar, desde el argumento de la pureza de la sangre, el ultraje y el saqueo. Es justamente esta categoría la que se cuestiona desde las teorías decoloniales y la que se utiliza en este artículo desde el entrecruzamiento que plantea el concepto de interseccionalidad al mostrar su interrelación con otras estructuras de opresión, como la clase y el sexo.

Entre las características de la sociedad indígena que fueron destruidas se encontraron: la estructura social complementaria, el entendimiento del género y la distribución económica bajo un sistema de reciprocidad. Esto creó condiciones de explotación y opresión asentadas en la plataforma de un capitalismo generalizado y racializado, que las feministas del siglo XX no percibieron. La idea de que la mujer era percibida como pasiva, frágil y sexualmente reprimida, se basaba en las mujeres blancas burguesas.

Quijano (2000) citado por Lugones (2008) lo lleva a plantear sobre el sistema de género lo siguiente:

[...] tiene un lado visible/claro y otro oculto/oscuero. El lado visible/claro construye, hegemonícamente, al género y a las relaciones de género. Solamente organiza en hecho y derecho, las vidas de hombres y mujeres blancos y burgueses, pero constituye el significado mismo de «hombre» y «mujer» en el sentido moderno/colonial [...] mientras que el lado oculto/oscuero es por completo violento y se basa en la interiorización y reducción a la animalidad de las mujeres oprimidas bajo la lógica colonial racializada. (p.98)

Los aportes de Lugones son esenciales para entender que incluso las producciones discursivas que parecen más avanzadas y que permean la literatura, el cine, la televisión o cualquier otro medio de transmisión cultural, se basa en una idea de género que responde a la idea de mujer, tomando como referencia a la mujer blanca, occidental y burguesa, la cual es percibida como frágil, sumisa y reprimida por el patriarcado occidental. Estas formas de abordaje del género, si bien es cierto son de fácil asimilación por parte de los grandes públicos, no resuelven (ni siquiera discuten) el binarismo de corte heterosexista que subyace los argumentos.

En un planteamiento similar, Segato (2013a, p.47) indica que existen tres posturas en el feminismo: la primera, engloba la postura de las feministas que consideran que existe un género sin clase social o raza, que parte de la idea de que el referente mujer está esencializado en un constructor de mujer blanca, burguesa y europea; la segunda posición se refiere a la postura contraria a la primera, que sostiene que el género es una imposición colonial que no existía en las sociedades indígenas pre-intrusión; y la tercera postura (que es a la que se adhiere la autora), señala que sí existía un sistema de género antes de la intrusión, pero de mucho menor densidad: los clanes se organizaban en un sistema dualista complementario, donde la participación de las mujeres era considerada importante e influyente en términos políticos, aunque en menor medida que la de los hombres. La intrusión colonial y la instauración de la modernidad vienen a establecer relaciones de género patriarcales, basadas en lógicas de explotación y opresión, exacerbando las estructuras de género que ya existían.

En cualquiera de los dos casos (que los europeos impusieran un orden generizado donde antes no existía o que se exacerbaban las formas genéricas existentes), es innegable el impacto que las lógicas de dominación colonial han tenido (y siguen teniendo), en la regulación y el control de todas las dinámicas sociales.

Es en este contexto que se hace viable una lectura del poder masculino que se ejerce contra las mujeres de Sepur Zarco, en el ejemplo que se comenta al inicio de este artículo, donde se ejerce sobre ellas una violencia estructural, derivada de las diferentes formas de opresión que legitiman justamente estas formas de opresión.

Las diferentes formas de opresión que atraviesan las mujeres y que quedan invisibilizadas bajo las más diversas formas sociales y políticas fueron desarrolladas en un interesante análisis que hace Iris Young (2000) en su obra “La Justicia y la Política de la Diferencia”⁸. En este análisis plantea que el problema de la opresión atraviesa por dinámicas que se han institucionalizado, que le permite a algunos grupos sociales imponer prácticas de dominación sobre otros, los cuales naturalizan estas condiciones de opresión. Propone entender la opresión desde una perspectiva estructural, donde cuestiona el concepto tradicional marxista en el que participa un dominador o una estructura que explota y extiende la mirada hacia los procesos que reproducen las relaciones de poder, donde el grupo oprimido no requiere necesariamente de un grupo dominador que

8. Uno de los grandes aciertos de esta autora radica en la posibilidad de distinguir las diferentes formas de opresión para así poder reconocerlas y contrarrestarlas, sacándolas del halo de naturalidad del que las reviste la ideología capitalista. Para esto señala cinco formas en que se puede dar la opresión que van desde las más visibles como la violencia o la explotación, hasta las más sutiles como el imperialismo cultural, la marginación o la carencia de poder.

desarrolle el correlato dominador. De esta forma, los sujetos reproducen la dominación en la interacción social de manera mecánica, sin ser conscientes de su función como agentes de dominación.

Señala la autora que esta nueva perspectiva, que emerge en los años 60, no pretende negar el hecho de que la violencia pueda ser ejercida por agentes individuales en momentos concretos. Tampoco niega el hecho de que haya grupos que ejerzan el dominio sobre otro. Lo que permite es entender, desde una perspectiva más amplia, que tanto el golpe o la agresión que desarrolla un individuo contra otro más vulnerable, lo hace amparado en el poder que le da una estructura opresiva, que lo convierte en agencia de la violencia que se ha instalado en las dinámicas intergrupales más complejas.

Estos planteamientos coinciden con los de Saltzman (1992), quien analiza las condiciones estructurales en las que la desigualdad se instala para las mujeres en las sociedades modernas. Para esta autora, es necesario entender la desigualdad tanto entre los niveles micro, medio y macro, como en las relaciones que se establecen a lo interno de cada nivel, con el fin de poder identificar los objetivos que ofrezca cada nivel para poder atacar la desigualdad.

Para ello, propone entender que las explicaciones parciales, si bien es cierto brindan una perspectiva importante del problema, deben considerarse siempre en interrelación con otras explicaciones que abarquen fragmentos cada vez más amplios de la realidad, hasta llegar a una comprensión más completa del fenómeno.

Su esquema señala que los procesos a nivel micro se refieren a fenómenos intrapsíquicos y como se ven afectados por procesos sociales y culturales, así como las interacciones entre individuos; en el nivel medio se encuentran los fenómenos asociados a las comunidades, las organizaciones y los grupos raciales étnicos, y por último, en el nivel macro se encuentran los fenómenos que afectan a la sociedad en su conjunto, como por ejemplo los sistemas económicos, políticos, sistemas de estratificación de clases, sexos, ideologías y creencias ampliamente aceptados (Saltzman, 1992).

Dentro de las explicaciones parciales que se aplican en el micro podemos encontrar aquellas que se basan en la idea de la socialización, como base para explicar el comportamiento adulto con respecto a la reproducción de la diferencia de los géneros y la división sexual del trabajo. Bajo esta lógica, los objetivos que se plantean responden a la idea de que educando de manera distinta a los infantes, se modificará la estructura, argumento que ha probado ser muy útil pero limitado si no se cambian las estructuras que producen la dominación (Saltzman, 1992).

El argumento de Saltzman (1992) puede resumirse de la siguiente manera, simplificándolo considerablemente:

Por definición, un sistema de estratificación de los sexos implica recursos masculinos de poder superiores en el macro nivel; y existe una división sexual del trabajo por la que, como mínimo, las mujeres son más responsables que los hombres de la crianza de los hijos y de otros trabajos relativos a la familia y al hogar. (p. 55)

Como se observa, dentro de su argumento son centrales dos elementos: 1) la injusticia de poder sexual y 2) la división sexual del trabajo. Ambos elementos se mueven y tienen efectos importantes en la reproducción de la desigualdad que sufren las mujeres en los tres niveles.

En el nivel macro del modelo propuesto por Saltzman, encontramos propuestas para analizar la institucionalización del poder masculino a través del análisis feminista del Estado. En ese sentido encontramos la propuesta de Mackinnon (1989) que plantea que el feminismo debe conceptualizar el Estado desde su propia lógica.

El feminismo no ha revisado la relación entre el Estado y la sociedad en sus propios términos, dentro de una teoría de la determinación social específica del sexo. El resultado es que carece de jurisprudencia, es decir, de una teoría de la sustancia de la ley, la cual abarcaría la manera en que funciona la ley como en forma de poder estatal en un contexto en que el poder es genérico. Es por esta carencia que el feminismo para Mackinnon (1989) ha oscilado entre una teoría liberal del Estado y una teoría izquierdista del Estado, que considera que la ley es la mente de la sociedad, razón incorpórea de la teoría liberal.

Esta posición lleva a una polaridad donde el liberalismo aplicado a las mujeres ha admitido la intervención del Estado en nombre de las mujeres, como individuos abstractos con derechos abstractos, sin examinar el contenido ni las limitaciones de estas nociones en términos del género. Por su parte, el marxismo aplicado a las mujeres está siempre al límite de aconsejar la abdicación del Estado, como escenario y con él, aquellas mujeres que el Estado no desoye o cuya situación no le permite desoírlo.

Como consecuencia de lo anterior, el feminismo se ha desarrollado como una teoría del poder pero no del Estado, y esto ha hecho que carezca de jurisprudencia, es decir, adolece de una explicación del proceso por el cual el poder se articula y se legitima en la regulación legal instalada en el Estado que oprime a las mujeres (Mackinnon, 1989).

Según esta autora, para las mujeres, el Estado ha sido omnipotente o impotente: todo o nada. La posición del feminismo con respecto al Estado ha sido esquizoide en cuestiones básicas para la situación de la mujer (violación, aborto, pornografía, discriminación sexual, son ejemplos claros de esta postura).

Siguiendo esta lógica, se observa que desde las teorías más tradicionales hasta las más radicales reconocen el ejercicio del poder como parte consustancial de la política a través de la ley, por lo tanto, la relación entre mujeres y hombres resulta política. A diferencia de las formas de poder y sometimiento que utilizan los hombres sobre otros hombres, las formas de dominio sobre las mujeres se han desarrollado social y económicamente antes de la aplicación de la ley, sin actos estatales expresos, a menudo en actos íntimos de vida cotidiana.

Mackinnon (1989, p.7), afirma que el “Estado es masculino en el sentido feminista, es decir, que la ley trata y percibe a las mujeres como los hombres las tratan y perciben”. Quiere decir que, el Estado liberal en coacción y autoridad del orden social actúa a favor de los hombres como género, legitimando normas, formas y la relación total de la sociedad con sus políticas. De esta manera, la ley condensa la ideología y la transforma en una abstracción que es percibida como objetiva, o que tiene una pretensión de ser ostentada como objetiva cuando en realidad expresa el sentir y el pensar del poder de los hombres sobre las mujeres.

Las leyes y los tribunales donde son aplicadas se presentan ante la sociedad como espacios libres de interpretación y prejuicios, más allá de intereses personales donde se tramitan datos científicamente comprobados y se toman decisiones a partir de criterios objetivos bajo la lógica de una ciencia más allá de cualquier pasión o sentimiento humano que la entorpezca. Sin embargo, la experiencia cotidiana de las mujeres sigue siendo que la ley en complicidad con el Estado sigue promoviendo el dominio de los hombres como grupo social, concediendo privilegios a la forma de poder, que el feminismo reconoce como masculina.

Esta argumentación también se encuentra en los postulados de Pateman (1995) acerca del surgimiento del Contrato Sexual y de la forma en que se considera como externo al contrato social original, que separa a la sociedad civil (que queda incluida dentro del contrato) y la sociedad natural (que pasa a ser excluida de éste y donde se inscriben las mujeres como parte del ámbito doméstico).

Para esta autora, la historia moderna está marcada por el nacimiento del Estado Civil a partir del Contrato Social. Sin embargo, la historia que relatan los teóricos del contrato por lo general, solo dan cuenta de una parte de esa historia ya que dejan de lado el Contrato Sexual, parte constitutiva del contrato original y cuyo estudio permite entender las grietas por las que se filtra la desigualdad entre los géneros. El Contrato Social, parte de la lógica de la convención y el acuerdo entre partes que deciden adherirse al contrato, como forma

de protección, sin embargo, esta falsa premisa no permite visualizar que la idea de individuo sobre la que fue instituido, contemplaba únicamente a los varones.

Pateman (1995), señala que la historia del Contrato Social se presenta como un relato sobre la libertad, ya que se interpreta que los sujetos que vivían en el estado natural (es decir, en una forma social de organización no regulada por la institucionalidad estatal) cambian las inseguridades de la libertad natural por la libertad civil, la cual es protegida por el Estado. De esta forma, bajo el presupuesto que existe una libertad universal, los miembros de un Estado pueden replicar el contrato originario cuando establecen contratos menores, derivados de este contrato primero, como por ejemplo: el contrato de trabajo o el contrato matrimonial. Este contrato originario es social-sexual, sin embargo el componente sexual del contrato es negada o invisibilizada en la historia.

El establecimiento del Contrato Social tiene una consecuencia asociada, que consisten en el surgimiento del derecho y de la práctica del mismo, sin embargo, es un derecho patriarcal por instaurarse bajo las normas y leyes que regulan la vida social de los sujetos, pero, bajo la premisa de que se entiende como sujeto universal, al varón. Este nuevo orden civil aparece como anti-patriarcalista o post-patriarcalista, debido justamente a que los hijos deben salir de la autoridad del padre para pasar a la protección del Estado, sin embargo, estas explicaciones tradicionales del Contrato, no contemplan que en la división natural/civil que se crea a partir de éste, no utiliza una categoría igualitaria de individuos, sino que las mujeres no son consideradas como parte del contrato de manera equitativa.

Al crear la división natural/civil, se crean también las esferas públicas y privadas, asociando la privada al estado de naturaleza y la pública al universo de lo civil. Los teóricos clásicos del Contrato Social, con excepción de Hobbes, como lúcidamente aclara Pateman (1995, p.15), sostienen que “la mujer carece naturalmente de los atributos de los «individuos»”, instalando la noción de individuo desde la diferencia sexual, por lo que queda zanjada también la diferencia entre libertad y sujeción.

Por lo tanto, las mujeres no son parte del contrato originario a través del cual los hombres convierten su libertad natural en la seguridad de la libertad civil, sino que las mujeres son justamente, el objeto del contrato, esto es que, el Contrato Sexual se convierte en el vehículo mediante el cual los hombres transforman el derecho natural sobre la mujer en el derecho civil patriarcal.

Esta noción de individuo que subyace al contrato originario trae importantes consecuencias para la organización de la vida política de las mujeres. La división sexual que, actúa de manera subterránea en la definición de la lógica patriarcal del derecho basado en el contrato original, se reproduce en las dinámicas de subordinación que se instalan en cada contrato de la vida cotidiana. Pateman sostiene que la vida social se articula a partir de una serie de pequeños contratos, que descansan sobre la base del gran contrato original, que da sustento a la idea de Estado moderno. El contrato matrimonial y laboral forma parte de este contrato original, aunque tradicionalmente se le ha considerado como parte de la esfera privada y natural, por existir previo a la instauración del contrato original. Nuevamente se vuelve sobre la idea de que la vida civil/pública y la vida natural/privada son independientes y obedecen a esferas separadas del quehacer político y social, sin embargo, no solo son mutuamente constitutivas, sino que, no es posible entender a una sin la otra.

Por lo tanto, el Contrato Sexual es subsumido por el Estado, el cual protege el poder masculino encarnando y garantizando el control sobre la mujer en todos los ámbitos, dando derechos y prohibiendo sus excesos para su normalización. En palabras de Mackinnon (1989, p.299) “las relaciones de iure estabilizan las relaciones de facto”, es decir, la legitimación de las relaciones contempladas en la legislación estabilizan, dan sentido y perpetúan las relaciones que se establecen en los diferentes y diversos escenarios de la cotidianidad.

Este recorrido por los postulados de Mackinnon y Pateman, permite comprender lo que resulta en un interesante análisis de la complicidad del Estado en la legitimación de la situación de las mujeres y la

diferenciación entre la política como práctica legitimadora derivada de la institucionalización de la opresión de las mujeres; y el Estado, como artificio pretendidamente neutral que regula esa opresión y la violencia contra las mujeres sin prohibirla.

La complicidad que se establece entre Estado, política y violencia contra las mujeres por parte del poder masculino, se observa en el interesante análisis que plantea Segato (2013b) al examinar desde la perspectiva feminista los sangrientos crímenes de miles de mujeres en Ciudad Juárez, los cuales -señala esta autora- parecen inteligibles para aquellos que están fuera del código que se ha instalado en la dinámica social de esta ciudad mexicana y detrás del cual se refugian los asesinos como un tenebroso código de guerra, un lenguaje particular cargado de simbolismo y compuesto de pasajes al acto.

Segato (2013b), establece una relación entre las muertes de estas mujeres y los ilícitos, que son el resultado del neoliberalismo feroz que se globalizó en las márgenes de la gran frontera, después del Tratado de Libre Comercio de América del Norte [NAFTA, por sus siglas en inglés] y la acumulación sin regulación alguna que se concentró en las manos de algunas familias de Ciudad Juárez.

En Ciudad Juárez hay dos afirmaciones que se manejan cotidianamente como lugar común para referirse a los asesinatos: que los crímenes de mujeres son cometidos por narcos (imagen creada de un malhechor que concentra el terror con que la opinión pública asocia con los márgenes de la vida social), y que los crímenes tienen un móvil sexual. (Segato, 2013b, pp.15-16)

Bajo estas dos imágenes comunes, afirma Segato (2013b) que:

[...] tanto las autoridades como los formadores de opinión hablan desde una pretendida postura de ley y derechos, confundiendo a la opinión pública, ya que estimulan una percepción indiscriminada de estos crímenes misóginos que ocurren en esta localidad como en cualquier otra de México, de Centroamérica y del mundo: crímenes pasionales, violencia doméstica, abuso sexual, violaciones, agresores seriales, asesinatos por deudas de tráfico de drogas, tráfico de mujeres y órganos, y crímenes por pornografía virtual. (p.16)

Todas estas imágenes creadas son, para la autora, cortinas de humo que ocultan un patrón común que proviene del núcleo central que impulsa estos asesinatos y que puede reconocerse a partir de sus características particulares y semejantes (Segato, 2013b, p.16).

Estas características comunes incluyen el secuestro de mujeres jóvenes, con un mismo biotipo: además de ser trabajadoras o estudiantes, privadas de la libertad por algunos días durante los cuales fueron torturadas, violadas entre varios sujetos, mutiladas, estranguladas, además de mezcla o extravío de pistas y evidencias por parte de los cuerpos policiales, amenazas contra abogados y periodistas, y presión para culpabilizar a chivos expiatorios. La ausencia de acusados convincentes y la ausencia de líneas de investigación llevaron a la repetición cíclica y constante de estos crímenes. (Segato, 2013b, pp.16-17).

Para Segato, las evidencias que fueron recolectadas por periodistas, muestran la necesidad de abrir nuevas categorías jurídicas para poder entender la dinámica de terror y de poder que se juega a través del cuerpo de las mujeres. De esta forma, “se observa la relación entre los crímenes y la posible vinculación de estos con hombres respetados, dueños de grandes propiedades y personajes adinerados” (Segato, 2013b, pp.32-33).

El análisis de los crímenes sexuales en particular, lleva a la autora a plantear que este tipo de delitos no son obra de personas desviadas individuales, enfermos mentales o individuos particulares que presentan una patología, sino que, se convierten en manifestaciones de “una estructura simbólica profunda que organiza nuestros actos y nuestras fantasías y les confiere inteligibilidad” (Segato, 2013b, p.19). Lo anterior significa que, tanto el agresor como el colectivo social, comparten el imaginario de género, por lo tanto, se entienden en un nivel que es incomprensible para las personas que no se inscriben dentro de este universo simbólico.

En el caso particular de la violación, argumenta que este tipo de crimen escenifica la dinámica de dominación de género sobre el cuerpo de la otra persona, a través del acto sexual violento que deriva en el dominio, la invasión, la derrota psicológica y moral del Otro. Este acto atroz convierte a los que le sobreviven en espectadores hacia los que se dirige el mensaje que es captado a partir de estar inmersos en la matriz de violencia y dominación hacia las mujeres.

Es una violencia expresiva más que instrumental, ya que su finalidad es mostrar el control absoluto de una voluntad sobre otra. Sin embargo, este tipo de violencia solo puede ser ejercida frente a una comunidad de vivos, por lo que está más cercana a la colonización que al exterminio. Es por esto que, como violencia expresiva implica un acto discursivo que lleva una firma a través de la cual el agresor es reconocido y expresa un mensaje que es captado por otros, a los cuales va dirigido.

Por lo tanto, la violación sucede en actos violentos y atroces que llevan por sentido interlocutor con otros sujetos que ocupan un lugar en la escena del crimen o en el paisaje mental del sujeto de la enunciación. Esto permite comprender con mayor magnitud el acto violento como un mensaje que tiene dos ejes de interlocución, no solo hacia la víctima, sino también hacia una comunidad simbólica. Estos mensajes van dirigidos a una comunidad masculina que otorga el estatus de hombre a otros que no lo tienen o que lo tienen y deben reafirmarlo, como un proceso persuasivo o impositivo, que puede ser descrito como tributación.

Este razonamiento lleva a Segato a sostener que los crímenes en Ciudad Juárez tienen como principal motivación no el odio hacia las mujeres (aunque en los crímenes se percibe éste), sino que, las víctimas son las consecuencias inevitables de un proceso de exigencias extremas de masculinidad, para ser aceptados por el grupo de pares masculinos. Desde esta lógica, la mujer ocupa el lugar de requisito y consecuencia secundario, en un acto donde los principales protagonistas son otros hombres.

Por supuesto este no es un argumento único para explicar las muertes de mujeres en Ciudad Juárez. Al respecto, deben considerarse también elementos como los descritos más atrás: el neoliberalismo salvaje, la lógica de explotación desregulada y las significaciones que adquiere el crimen, entre otros muchos. Sin embargo, abre nuevos universos simbólicos que permiten entender la dinámica de dominación que viven estas mujeres.

Las argumentaciones de Segato muestran uno de los elementos centrales en la trama denigrante y violenta que viven las mujeres en Ciudad Juárez y en el resto del mundo, como lo es la complicidad entre el patriarcado y la institucionalidad, lo que le permite a los hombres cometer los crímenes contra las mujeres con total impunidad. De este tipo de razonamientos se desprende la necesidad de identificar los procesos que conducen a la construcción de masculinidades violentas, que reproducen patrones de poder, que denigran y violentan a las mujeres, concepto que es llamado por Connell (2003, p.112) como “masculinidad hegemónica”.

Un primer elemento para poder deconstruir estos procesos sociales tan complejos es historizarlos. Bajo esta idea, se puede afirmar que las masculinidades son históricas y para poder comprenderlas es necesario entender el contexto que las formó. Por lo tanto, para lograr analizar el patrón actual de masculinidades es necesario contextualizarlas dentro del orden moderno de género como una totalidad, que es un proceso que lleva alrededor de cuatro siglos. Para adentrarse en este proceso histórico de construcción, Connell (2003) pone la mirada en las conexiones vitales de este proceso, que estarían relacionadas con el crecimiento del poder europeo y estadounidense, la creación de los imperios globales y la economía capitalista global, y el encuentro inequitativo de los órdenes de género en el mundo globalizado.

9. Para definir la masculinidad hegemónica, Connell utiliza el análisis que hizo Antonio Gramsci sobre las dinámicas de clase y se refiere a la dinámica cultural por medio de la cual un grupo minoritario sostiene relaciones de dominación sobre el resto. En palabras de Connell (2003, p. 112) la masculinidad hegemónica puede definirse como “la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres”.

De esta manera, la masculinidad no solamente se forma a partir del proceso de expansión imperial sino que, ayuda a conformarlo y ser parte activa de éste (Connell, 2003).

Para la autora, el orden de género moderno se empezó a gestar en el llamado largo siglo XVI que comprende de 1450 a 1650, cuando se conformó la economía capitalista moderna en torno al Atlántico Norte, las relaciones comerciales y de explotación que se establecieron en dicha región. Connell (2003, pp.226-229) distingue cuatro eventos o momentos históricos que coincidieron de manera significativa en la construcción moderna de la masculinidad, los cuales son:

- El cambio cultural que produjo las nuevas formas de comprender la sexualidad y la individualidad en las metrópolis europeas, fue el derrumbe de las monarquías y la transformación del catolicismo medieval, que provocó el surgimiento y ascenso del hogar conyugal como expresión más “honorable” de sexualidad, lo que conduce a la autoridad cultural de la heterosexualidad obligatoria. También los aportes de la filosofía clásica desde Descartes hasta Kant, contribuyeron a construir la noción del sujeto racional, como ideal frente al sujeto de las emociones, que era visto como inferior. De esta forma se construyen oposiciones entre el sujeto racional versus el sujeto de las emociones, que contribuirán a desarrollar los procesos colonizadores de los países imperiales.
- La creación de los imperios marítimos, llevada a cabo por los países con fronteras al Atlántico (Portugal y España; posteriormente Los Países Bajos, Francia e Inglaterra en un primer momento; en una segunda ola de imperialismo los imperios terrestres de Rusia y Estados Unidos, y los marítimos de Japón, Italia y Alemania). Este proceso imperialista se estructuró desde el inicio a partir del género, ya que derivó directamente de la acción de hombres segregados, debido a sus actividades como soldados o comerciantes marinos. Surge la figura del conquistador que fue fundamental para establecer y controlar las zonas conquistadas por medio de la fuerza, como una extensión del poder imperial de las monarquías.
- El crecimiento de las ciudades, que funcionaban como centros del capitalismo comercial, especialmente: Amberes, Londres y Ámsterdam, dando paso a un nuevo espacio para la vida cotidiana. Este cambio reforzó el individualismo, aunado a una racionalidad calculadora lo que, junto con la primera revolución industrial y la acumulación de riquezas gracias al comercio, permeó la cultura urbana. A este momento histórico, se le suma la aparición de las subculturas sexuales y el traslado de la ideología hacia el discurso médico que patologizó la diversidad sexual.
- El comienzo de la guerra civil europea a gran escala. Los ejércitos profesionales que derivaron de las guerras religiosas y dinásticas, además de la conquista imperial pasaron a formar parte del Estado moderno y en consecuencia, a determinar un tipo de masculinidad que se institucionalizó como ejercicio deseado y privilegiado de poder asociado al género. Es en este momento que se puede distinguir un tipo de masculinidad hegemónico, basado en las relaciones que se establecen a partir de la masculinidad aristocrática (vinculada con la posesión de la tierra y de las personas con menos poder, como posesiones y susceptibles de ser explotados y violentados).

En este recorrido histórico que propone Connell se observa la complicidad entre un sistema explotador capitalista y un modelo de masculinidad que denomina como hegemónico, mismo resultó necesario para sostener y legitimar las relaciones de dominación y opresión hacia otro vulnerable, instaurando dinámicas colonialistas e imperialistas como matriz universal de poder que sostenían las diferencias de clases, género, económicas y culturales, entre muchas otras.

Como se ha podido observar las teorías feministas se han enriquecido y robustecido con lecturas críticas que han permitido identificar y combatir la dominación que ha caracterizado la relación con las mujeres. Es así como, en las diferentes épocas de la historia, conquistas y reivindicaciones que hoy parecen cotidianas, implicaron un trabajo y una lucha intensa. Sin embargo, este recorrido histórico únicamente permite reconocer que el trabajo sostenido por la equidad entre los seres humanos está lejos de concluir e implica un cuestionamiento profundo de las estructuras que sostienen y legitiman la dominación de las mujeres.

Referencias Bibliográficas

- Allen, P. (1986). *The Sacred Hoop. Recovering the Feminine in American Indian Traditions*. Boston, Estados Unidos: Beacon Press.
- Amorós, C., y Cobo, R. (2007). *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización* (3 vol.). Madrid, España: Minerva Ediciones S. L.
- Caxaj, B., Haydée, V., Pérez, P., Martínez, P., Tzay, M., Xico, D., y Navarro, S. (2017). *Cambiando el rostro de la justicia. Las claves del litigio estratégico del caso Sepur Zarco*. Ciudad de Guatemala, Guatemala: Impunity Watch-Alianza Rompiendo el Silencio y la Impunidad.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. Ciudad de México, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Poullain de la Barre, P. (1673). *De l'Égalité des deux sexes, discours physique et moral où l'on voit l'importance de se défaire des préjugés*. Paris, Francia: Chez Jean du Puis
- De Miguel Álvarez, A. (2007). La articulación del feminismo y el socialismo: el conflicto clase-género. En C. Amorós y A. de Miguel Álvarez (Eds), *Teoría Feminista: de la Ilustración a la Globalización* (pp. 295-332). Madrid, España: Minerva Ediciones (Tres tomos).
- De Pizan, C. (1995). *La ciudad de las damas*. Madrid, España: Editorial Siruela.
- Engels, F. (2006). *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado* (1ª. Ed.). Madrid, España: Fundación Federico Engels. Recuperado de <https://bit.ly/2JIVSXS>
- Federici, S. (2010). *El Cailbán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Gil, J., y Varela, C. (1984). *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Hill, P. (2012). Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro. En M. Fajardo (Ed.), *Feminismos Negros: Una Antología* (pp.99-134). Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Kolontái, A. (2011). *Los fundamentos sociales de la cuestión femenina y otros escritos*. En T. Ruiz (Ed.). Madrid, España. Recuperado de <https://bit.ly/1lrbrbE>
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Revista Tabula Rasa*, (9), 73-101. Recuperado de <https://bit.ly/2jgAW74>
- Mackinnon, C. (1989). *Hacia una teoría feminista del Estado*. Madrid, España: Ediciones Cátedra S. A.
- Miyares, A. (2007). El Sufragismo. En C. Amorós, y A. de Miguel Álvarez (Eds), *Teoría Feminista: de la Ilustración a la Globalización* (pp.245-294). Madrid, España: Minerva Ediciones (Tres tomos).
- Oyewumi, O. (1997). *The Invention of Women. Making an African Sense of Western Gender Discourses*. Minneapolis, Estados Unidos: University of Minnesota Press.
- Pateman, C. (1995). *El Contrato Sexual*. Barcelona, España: Editorial Anthropos.

- Puleo, A. (1993). *Olympe de Gouges o la radicalización de los ideales ilustrados*. En *La Ilustración olvidada: La polémica de los sexos en el siglo XVIII* (1a ed). Barcelona, España: Anthropos.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América latina. En *Colonialidad del Saber, Eurocentrismo y Ciencias Sociales*. 201-246. Buenos Aires, Argentina: CLACSO-UNESCO 2000.
- Saltzman, J. (1992). *Equidad y género*. Una teoría integrada de estabilidad y cambio. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Segato, R. (2013a). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: y una antropología por demanda*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Segato, R. (2013b). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (1ª. Ed). Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Revista Debate Feminista*, 52. 1-17. doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005
- Young, I. (2000). *La Justicia y la Política de la Diferencia*. Universidad de Valencia, España: Ediciones Cátedra.
- Zetkin, C. (1976). *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*. Barcelona, España: Editorial Anagrama